

2.

¿Pavón: significó el triunfo de Buenos Aires o capitulación ante el fracaso nacional de la Confederación?

La Confederación y Buenos Aires inician su vida independiente. Enfrentando una serie de más de cien piezas documentales hemos seguido la marcha de aquellas, deteniéndonos especialmente en los aspectos económicos y financieros de la Confederación, que nos parecieron los más determinantes del fracaso del proyecto urquicista, que no logró la infraestructura necesaria para basar en ella una organización nacional siquiera autosuficiente. Con su Estatuto para la Organización de la Hacienda y el Crédito Público, Mariano Fraguero organizó la deuda pública, la administración nacional, el banco emisor y de descuentos, la propiedad y la contribución territorial, las hipotecas, capellanías y censos, las minas, las postas, correos y diligencias, la imprenta de Estado, las aduanas nacionales y aun los aforos de dichas aduanas.

Buenos Aires, en su aislamiento se da su constitución soberana interior y exteriormente, y limita su extensión desde los Andes al Atlántico y desde el Arroyo del Medio hasta donde la Cordillera de los Andes se hunde en el mar; organizada como Estado independiente, con el privilegio de sus ingresos aduaneros, las arcas repletas de su banco reorganizado y su billete circulando como metálico, abona la bondad de los pactos de convivencia.

Pero la convivencia se hacía imposible ante las invasiones de Costa y Flores y las incursiones mitristas en Santa Fe, ante los ataques al septembrismo de Nicolás Calvo en su *La Reforma pacífica* y la prédica revolucionaria de Juan Carlos Gómez, Héctor Varela, o Sarmiento en *La Tribuna*, ante la calma conservadora y débil de Tomás Guido, Lorenzo Torres o Juan B. Peña y los arrestos juveniles de la Guardia Nacional o la euforia electoral del Club Libertad.

La Confederación echará mano de la guerra económica y los derechos diferenciales, pero con el determinismo de los derechos económicos, el Banco Nacional, la esperanza de la Confederación, caerá estrepitosamente, arrastrando a los “billetes de Fraguero”, los buques de ultramar no llegarán a los puertos interiores, el ferrocarril de Campbell y Wheelwright no se construye, los recursos del erario escasean, el oro brasileño pide réditos soberanos, las potencias extranjeras se acreditan en el Paraná pero es Buenos Aires quien complacerá a los tenedores del empréstito Baring. Sólo con tiempo se podría ir contra las costumbres monetarias, la producción insuficiente, los reintegros escasos, la falta de muelles y depósitos, de capitalistas y casas de comercio.

La política de los mediadores, demasiado interesados en la controversia, ya sean potencias como Gran Bretaña o Estados Unidos, o países americanos como Uruguay, Brasil o Paraguay, no tendrá resultados satisfactorios y la lucha se prepara en ambos bandos. Para costear su campaña, Urquiza contrataría el empréstito Buschental, arrendaría la Aduana de Santa Fe, emitiría bonos y gravaría a las mercaderías con un adicional del 8%; Buenos Aires, con la posesión estratégica de la isla de Martín García y el auxilio de una flota de guerra, emitiría fondos públicos por treinta millones que habrían de garantizar una nueva emisión de su Casa de Moneda.

Como en Caseros, la Confederación vence en Cepeda y es vencida por el Pacto de San José de Flores, la Reforma Constitucional de 1860 y el Convenio del 6 de junio, por el que Buenos Aires quedaría hasta su incorporación en posesión de la Aduana cuyas entradas estaban afectadas a la garantía de su presupuesto, la deuda interna y externa y su papel moneda que ahora sería impuesto a las provincias. Ya no está Urquiza al frente de éstas, sino Derqui, el hombre del difícil equilibrio, entre la dependencia política a un líder carismático y la económica a una provincia cuyo liberalismo busca expandirse en el interior; Derqui es cada vez más sospechoso al Entrerriano, con su gabinete cada vez más penetrado de los liberales porteños.

Los abrazos en Buenos Aires, los discursos fraternales en Santa Fe o las reuniones cálidas en San José, apenas cubren las desinteligencias, las desconfianzas, las mezquindades.

Todo esto estalla con la muerte de Virasoro, reedición del crimen de Benavídez, como se mostrará en el intercambio epistolar entre Urquiza y Mitre, a nuestro entender, la veta más rica para aprehender los vericuetos psicológicos de esas dos personalidades, sus ocasionales coincidencias y hondas discrepancias como hombres públicos.

Las elecciones de los diputados porteños al Congreso Nacional, con sus interminables argumentos jurídicos en pro de una y otra postura, enconarán los ánimos y mostrarán la duplicidad de los proceder. Las reiteradas reuniones de agosto y las fallidas tratativas, que habrán de estrecharse ante la extrema penuria de unos y la avaricia soberbia de otros, mostrarán de antemano cuál será el vencedor, cuál el vencido, en la arena de Pavón.

Esa batalla reivindicada como un triunfo por ambos contendientes, significó sobre todo, el ocaso del predominio político de Urquiza y el encumbramiento de Mitre hacia las más altas dignidades, el derrumbe definitivo de la Confederación y el triunfo de la organización nacional mitrista -lejos de la República del Plata- con Buenos Aires a la cabeza; el paulatino retroceso del viejo caudillismo y el progreso del partido liberal en el interior; el fin de las esperanzas provinciales a un proteccionismo a su producción y el afianzamiento del país en la estructura económica mundial.